

Quayaquil, 30 de agosto de 1927.

Al Sr Dr D.
Remigio Romero León.

C u e n c a .

Capacito mío:

Con cuánto gusto he visto, en El Telégrafo de hoy que el 30 de agosto de 1926, constituye una fecha histórica nacional, pues hace un año a que Ud. reunió a los universitarios oreñeses, para darles el mensaje de Cuenca. Aunque a Ud. le llegará también El Telégrafo, puede sin embargo pasarle desapercibida la significativa nota, por lo que le incluyo el respectivo recorte, contento y orgulloso de lo que ello expresa para nosotros. Que eso siquiera le consuele de tantas amarguras como sospecho que hay en su corazón....

Francamente, me admira el descabellado viaje de José a Loja.. Qué puede hacerse en una pobre ciudad como esa..? En fin, que el buen Dios se encargue de guiar los desorientados pasos de mi inexperto hermano...

Como verá por la prensa, el Municipio se esfuerza en devolver a los festejos de octubre los pasados esplendores. Yo deseo, por mi parte, sugerir algo, contribuir con algo especial en el gran programa que se trata de formular. No se me ocurre lo que yo pueda hacer; por lo que le suplico encarecidamente se digné pensar por mí y hacerme la indicación del caso, pues me es del todo

necesario demostrar a Guayaquil cómo correspondo a las gentilezas que siempre nos prodiga. Si Ud. quiere hacer algo, sería conveniente que me sume a lo que Ud. va a hacer, pues será acogido con beneplácito lo que Ud. haga. La nota que, en recorte le envío, da la medida de cuánto le admiran por estas nobles tierras bajas. Ojalá, pues, a vuelta de correo me haya orientado en este asunto, porque me parece que el tiempo estrecha y que la cosa urge.

Cuanto a nosotros, en nuestra vida íntima, nada de nuevo. Todo marcha en sus naturales carriles, bajo la protección del Cielo y con la bendición de Ud. La lucha profesional sigue su curso, desviado a veces por las maldades de los hombres; es decir, alejado de la meta, ya porque este paisano trata de hacernos sombra, ya porque el otro intenta ponernos piedras en el camino. Lo curioso es que sean cuencanos, y sólo cuencanos, los que obstaculicen mi labor. En fin, yo les perdono por el daño que me han hecho; y sigo combatiendo esto, que ciertamente es el buen certamen de que habló San Pablo.

Bendígame con el cariño de siempre, bendiga a Maruja, bendiga a mi hijita; y reciba los corazones de los tres, junto con los recuerdos de Alfredo y Angelita.

Con toda el alma, su

Pemigo